

Franco Cardini

LAS RUTAS DEL CONOCIMIENTO

UN RECORRIDO INTELECTUAL POR LA EUROPA MEDIEVAL

Traducción de Lucía Alba Martínez

Alianza Editorial

Título original: *Le vie del sapere*

Primera edición: septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2023 by Società editrice il Mulino, Bologna

© de la traducción: Lucía Alba Martínez, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-038-8

Depósito Legal: M. 11.909-2025

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción: las rutas del conocimiento en la Europa medieval....	11
1. De Roma a Hipona pasando por Milán: el itinerario de la buena nueva	17
El Evangelio y los evangelios.....	17
Pablo de Tarso	21
Ambrosio: de Tréveris a Milán	24
Agustín y África del Norte	28
Marciano Capella	32
2. Constantinopla y Jerusalén: el emperador cristiano funda el <i>Umbilicus mundi</i>	35
El centro del mundo.....	35
Una ciudad santuario.....	37
La <i>Anástasis</i>	43
De peregrinaje	45
Un epicentro cultural.....	48
3. Alejandría: la capital de la cultura helenística	53
Una biblioteca en peligro.....	53
Hipatia	56

8 ÍNDICE

La violencia se desata	60
El desierto.....	62
4. Rávena: donde florece la civilización romano-barbárica.....	67
La Ciudad del Silencio.....	67
La construcción política de Teodorico.....	69
Boecio y la tradición romana	72
Casiodoro, testigo de una época.....	77
De Rávena a Vivarium.....	81
Más allá de Italia.....	83
5. Montecasino e Iona: la vida monástica en Occidente	87
El monacato viaja por el Mediterráneo.....	87
Benito de Nursia.....	90
La difusión europea	93
Los celtas y el monacato itinerante.....	97
Una cultura peculiar	100
6. Aquisgrán: el renacimiento carolingio	105
Un nuevo imperio y una renovación cultural	105
Un programa de reforma	108
La <i>Schola palatina</i>	112
Una nueva escritura	117
Un equilibrio difícil	120
7. Cluny: la revolución de la Iglesia	125
La <i>Renovatio imperii</i>	125
Gerberto de Aurillac	130
La renovación llega desde Francia	133
Papado e imperio: dos concepciones de lo político y lo sagrado... ..	137
Císter.....	140
8. Entre Chartres y Asís: la renovación viaja entre ciudades.....	145
La cura de las almas	145
La escuela de Chartres	147
La magia natural.....	150
Un nuevo cristianismo nace en Asís	153
9. De Samarcanda a Córdoba: de Oriente a Occidente.....	157
Todo empieza en el este	157
Avicena y la matriz persa.....	159
La circulación de saberes en el Mediterráneo.....	161
Los lugares de traducción e intercambio	164

10.	Roncesvalles, Tolosa, Glastonbury: la cultura caballeresca.	171
	La temporada de los caballeros	171
	La épica empieza en Roncesvalles	174
	La celebración trovadoresca	177
	Entre las cortes y la ciudad	180
	El Grial y la Mesa Redonda	183
	El amor cortés (o no).....	188
11.	París y Lucca: arquitecturas y paisajes urbanos	193
	La edad de las catedrales	193
	Francia, epicentro del gótico.....	197
	Las órdenes mendicantes y la ciudad.....	200
	Artistas y albañiles	203
	El urbanismo, forja de innovación	206
	Préstamos e invenciones	211
12.	Bolonia y las demás: nace la universidad.....	215
	La enseñanza pública	215
	Salerno: ¿un prototipo?	217
	El nacimiento oficial de la universidad.....	220
	Cómo se estudiaba	223
	La evolución en Europa.....	226
13.	Palermo y Toledo: la cultura de corte	229
	La <i>Magna Curia</i>	229
	Castel del Monte	233
	Las influencias culturales de Federico II.....	236
	Alfonso X de Castilla.....	240
14.	Aviñón, Florencia, Padua y Roma: el nacimiento del humanismo	245
	La pasión por lo antiguo.....	245
	Las cunas de la renovación cultural.....	249
	El papel de la cultura política.....	250
	El humanismo cívico.....	255
	Hacia un mundo nuevo.....	258
15.	De Italia a Europa: a modo de conclusión	269
	Más allá del humanismo	269
	La cultura mágica y hermética	272
	Un Renacimiento en claroscuro.....	276
	Bibliografía.....	281

INTRODUCCIÓN

LAS RUTAS DEL CONOCIMIENTO EN LA EUROPA MEDIEVAL

En memoria de Ezra Pound, europeo nacido en América, y de su *nóstos* hacia su verdadera patria, de París a Roma a Florencia a Pisa a Venecia, en el quincuagésimo aniversario de su nacimiento en el Cielo de los Poetas.

(1 de noviembre de 1972-1 de noviembre de 2022)

¿Dónde comenzó su andadura esta Europa que aún no ha logrado convertirse en patria común de los pueblos que la habitan, pero que ya lo es desde hace siglos para muchos, que la aman y sueñan con su unidad plural? Para los antiguos griegos era —desde las Columnas de Hércules hasta el Tánais, desde las gélidas tierras de los hiperbóreos hasta las soleadas islas de olivos y viñedos diseminadas por el Mediterráneo— un «continente», una de las tres partes del mundo. Pero hacia principios del siglo xvi se transformó en un concepto, una idea fuerza, un mito; y de su seno surgió la dimensión de «Occidente», unida pero dinámicamente diferenciada de él.

La idea general de este libro es proponer un itinerario que, serpenteando entre lugares significativos, deteniéndose brevemente en ellos, nos permita tomar conciencia de hasta qué punto aquel era un mundo abierto y altamente conectado. Una especie de viaje, quizá más bien imaginario, entre

destinos que, aunque ahora nos parezcan lejanos, en realidad estuvieron muy cerca. Un viaje necesariamente rápido, más para trazar líneas de continuidad que para satisfacer deseos profundos de conocimiento.



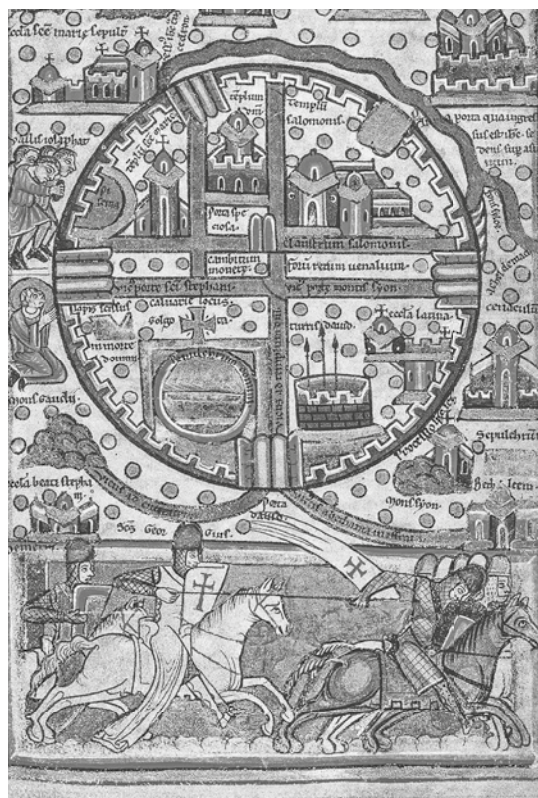
San Ambrosio en el mosaico de la basílica que lleva su nombre en Milán, siglo v.



El retrato más antiguo de Agustín, Maestro de Letrán, ca. 600, Roma, Museo Laterano.

Al fin y al cabo, la metáfora del viaje es fuerte, intensa, omnipresente: en nuestra cultura occidental, desde el *Éxodo* de los hebreos de Moisés hasta el relato de la *Odisea*, pasando por la tradición folclórica del *Ver sacrum*, la vida es un viaje; toda

aventura intelectual se presenta como un viaje. En la Edad Media y el Barroco, se describían sentimientos o ideales como si fueran viajes (por ejemplo, el amor, desde el jardín del encuentro y el enamoramiento hasta el prado de la vida emprendida juntos, pasando por el bosque de los celos y las traiciones, el desierto de la decepción-arrepentimiento-remordimiento, el océano tempestuoso de la pasión y el puerto seguro de la madurez, la sabiduría y los recuerdos). Análogamente, trataremos aquí el viaje común de la civilización occidental desde la Antigüedad hasta la modernidad, a través de la Edad Media.



Mapa de Jerusalén, fragmento de salterio de los siglos XII-XIII, La Haya, Koninklijke Bibliotheek.

Más concretamente, lo que se traza en este libro es un itinerario por la cultura medieval, por sus formas de hacer circular el conocimiento, de difundir las ideas, de crear ese sustrato común que hacía posible el diálogo entre un árabe de Córdoba y un monje de Bamberg. Pero también es la historia de cómo ciertos lugares —por su ubicación, por los acontecimientos históricos que los envolvieron— han estado a su vez en la encrucijada de descubrimientos, inventos y hallazgos arquitectónicos y han actuado como irradiadores del pensamiento, sobre todo allí donde se traducían y transcribían textos. Naturalmente, el conocimiento viaja con las personas, y en este viaje conoceremos a muchas, que cubrieron realmente las distancias que se describen y llevaron vidas muy ajetreadas.

Para aproximarnos al conocimiento medieval, debemos en primer lugar dirigir la mirada al nacimiento de la religión cristiana, que nos lleva fuera de los confines de Europa pero que al mismo tiempo nos recuerda esa misión de encrucijada entre Oriente y Occidente que nuestras tierras han asumido desde la Antigüedad. A la composición de esa nueva síntesis cultural contribuirán más tarde los monasterios, las cortes, las universidades y las comunas; más adelante, el arranque «revolucionario» del Humanismo y el Renacimiento nos ayudará a comprender el desarrollo posterior de otra época constitutiva de Occidente, rica en intercambios y contaminaciones.

El reto al que nos enfrentamos en las páginas de este volumen es el de sintetizar la aventura milenaria del conocimiento en el Occidente medieval (pero en sentido propio, ya que la Edad Media es una dimensión exclusivamente occidental).

Para nuestra sensibilidad en cuanto occidentales modernos, el conocimiento se organiza según una estrategia binaria que propone dos caminos principales: por un lado, el del conocimiento teórico según las reglas de la lógica y la dialéctica

racional; por otro, el de la experiencia basada en la observación de la realidad concreta; en otras palabras, por un lado la *scientia* (del verbo *scire*), y, por otro, el *know-how*, la percepción práctica y el uso activo de los conocimientos derivados del saber práctico y concreto.

Por esta razón, quien acepte aventurarse a describir las múltiples vías del conocimiento medieval no puede desde luego limitarse a los horizontes de la cultura entendida como ámbito literario, filosófico, filológico o artístico, sino que debe reflexionar al menos sobre ciertas cuestiones relacionadas con el conocimiento como saber científico y tecnológico. Nosotros, occidentales modernos, profundamente arraigados en el arquetipo del *Homo faber* y en la cultura del hacer, del construir, del edificar, no podemos declinar estas actividades y tendencias según parámetros excesivamente inspirados en la abstracción. Lucien Febvre advertía de los peligros que entraña que un estudioso de las estructuras agrarias se vea obligado a trabajar «solo con arados de papel». Del mismo modo, no podemos permitirnos que un estudioso que acepte recorrer las «rutas del conocimiento» ignore después que en los caminos terrestres y en las rutas marítimas tendrá que tratar con guijarros de piedra y no de papel, y tendrá que navegar en barcos de madera y no de papiro. En las páginas que siguen se ha tenido constantemente presente este hecho, mucho más de lo que podría parecer a primera vista y en una primera lectura.

El autor ha aceptado lealmente el desafío, teniendo muy presente que en todo viaje —y el de las rutas del conocimiento lo es— lo central y fundamental es el regreso, y que el deseo, el sueño de volver a la verdadera casa, el recuerdo, que es su raíz más profunda, son la auténtica razón del viajar, quizá más aún que el deseo de conocer lo nuevo. ¿Se parte, se abandona la patria, para volver a ella y, una vez de vuelta, com-

prender plenamente su esencia y su valor? Aunque pueda parecer un oxímoron, es cierto. Igual que es cierto que quien vive bien vive para conocerse a sí mismo. Nos lo enseñaron Homero, Joyce, Dante, Gardel y Tarkovsky; y Alessandro Vanolí nos lo recordó en un libro hermoso y revelador, *I racconti del ritorno*.

Pero un viaje tan largo y en ciertos aspectos tan tortuoso como este, desde Aurelio Ambrosio hasta Erasmo de Rotterdam, y recorrido además al galope, no podría siquiera haberse concebido sin la guía de muchos otros viajeros expertos en las dificultades y escollos de ese camino. Recordarlos y darles las gracias a todos nombrándolos uno por uno sería quizás tedioso para el lector y podría parecer un alarde de vanidad del autor; baste un «gracias», por tanto, colectivo y anónimo, pero sincero y lleno de reconocimiento. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar, al menos, a Marina Montesano, a Franco Franceschi, a Antonio Musarra y a Andrea Zorzi; y, en representación de todos los amigos de Il Mulino, a Daniela Bonato.

Florenzia-Bagno a Ripoli,
en el Día de Todos los Santos de 2022.

DE ROMA A HIPONA PASANDO POR MILÁN: EL ITINERARIO DE LA BUENA NUEVA

El Evangelio y los evangelios

Roma, situada casi en el centro geométrico de la península itálica, es una ciudad intrínsecamente europea sin cuya historia el concepto mismo de Europa sería insostenible. No obstante, el Imperio romano traspasó sin duda de forma irreversible las fronteras continentales europeas, estableciéndose, más bien, como una realidad institucional y geohistóricamente mediterraneocéntrica. En cualquier caso, para definir la civilización europea en su conjunto y en su dinámica, la presencia y la cultura romanas —con sus presupuestos griegos y por tanto helénísticos, superpuestos a las remotas tradiciones etruscas, púnicas, céltico-ligures e itálicas— no son suficientes: es necesario conjugarlas con la fe y la cultura cristianas. Y el hecho de que, en la Edad Moderna, la fe y la tradición cristianas hayan sufrido el eclipse, al menos parcial, vinculado al llamado «proceso de secularización» complica las cosas, pero no las cambia.

Por otra parte, no cabe duda de que las raíces cristianas se implantaron sobre el antiguo y sólido tronco del judaísmo; del mismo modo que no puede ignorarse que del mundo de los profetas veterotestamentarios surgió también ese soplo universalista que anima la nueva fe, pero que no es en absoluto típico de la cultura judía en sus múltiples componentes, ni compartido por todos ellos. Lo que, sin embargo, permitió que el nombre y la palabra de Jesucristo —recogidos, transmitidos y difundidos a través de la «buena nueva», *euangèlion* en griego— se convirtieran en patrimonio de toda la humanidad fue, sin duda, el conjunto de la civilización romana: las leyes imperiales, la ciudadanía extendida a todo el imperio por la *Constitutio Antoniniana* del 212 y el eco de la filosofía helénica ampliado hasta abarcar la cultura helenística, extendida entre Egipto y la India por la aventura de Alejandro Magno. En los inicios de este maravilloso y en absoluto determinista proceso, nos encontramos con un gran protagonista: un ciudadano romano judío de la diáspora que se trasladó a Roma y fue martirizado allí, Pablo de Tarso. Su figura fue en el siglo iv, junto con la de Séneca, protagonista de un falso epistolario (seis cartas de Pablo a Séneca y ocho de este a aquel) en el que se basaron muchos Padres de la Iglesia, hasta el propio Aurelio Agustín, que conocemos a través de copias, todas ellas anteriores al denominado «renacimiento carolingio» del siglo ix, y que encontró un renovado éxito en el siglo xv.

Pero el gran acontecimiento de aquel momento y de aquel mundo se ha considerado la elaboración, la predicación y la difusión de la Buena Nueva, que conocemos y a la que estamos acostumbrados a referirnos simplemente como «*el Evangelio*». Las cosas, sin embargo, son más complejas; es necesario exponerlas, aunque sea a grandes rasgos, también porque una buena parte de lo que consideramos «cultura oc-

cidental» en su conjunto comienza directa o indirectamente desde aquí.

Hasta los siglos II-III se había establecido la tradición según la cual los acontecimientos relativos a la vida y las enseñanzas del Salvador se recogían en relaciones textuales, algunas de las cuales se consideraba oportuno no divulgar. Es natural que, con el tiempo, se convirtieran en materia de tradición iniciática y que algunos se consideraran portadores de verdades más elevadas y profundas, alcanzables a nivel esotérico, es decir, reservadas a quienes habían tenido acceso a niveles superiores de conocimiento teológico o místico. Y es comprensible que, a partir del siglo IV —cuando las diversas comunidades cristianas, por fin libres de prohibiciones y persecuciones, pudieron reunirse entre sí en encuentros periódicos denominados «concilios» y establecer una progresiva «ortodoxia» (es decir, «doctrina correcta») —, los cuatro relatos apostólicos más antiguos (de Mateo, Lucas, Marcos y Juan) emergieran como «canónicos» («correctos», según un *kanòn*, es decir, una «regla») mientras que, por el contrario, los evangelios apócrifos se revelaran, de diversas maneras, portadores de doctrinas que se convino considerar incorrectas («herejías»). Se reconoció entonces que el contenido de muchas narraciones evangélicas se inspiraba en doctrinas gnósticas, es decir, en un saber sincrético pagano-cristiano que se resumía en la tesis de que la verdad, y por tanto la salvación, podía alcanzarse mediante el conocimiento racional, que sin embargo, naturalmente, se mantenía secreto para la mayoría para ser revelado iniciáticamente solo a los elegidos.

La tesis de que los evangelios apócrifos eran total o parcialmente falsos (es decir, que no guardaban relación alguna con las enseñanzas de Jesús) y, en cualquier caso, no eran de inspiración divina ya afloró entre los primeros Padres de la Iglesia, como Ireneo y Tertuliano. Pero no fue hasta el llama-

do «decreto gelasiano» en torno al año 490 cuando se definió el evangelio apócrifo como un escrito «de dudoso valor». Se elaboró entonces una lista de sesenta escrituras de este tipo, no solo evangelios, sino también hechos y epístolas de los apóstoles, así como escrituras apocalípticas. Es cierto, sin embargo, que las de tipo evangélico son las más conocidas y perspicuas de entre las escrituras apócrifas neotestamentarias (existen también, por cierto, apócrifos del Antiguo Testamento, de los que no nos ocuparemos aquí): nacidas de la voluntad de aclarar, ampliar y profundizar ciertos aspectos de la vida y enseñanzas del Divino Maestro, se presentan como entramados de relatos, algunos de apariencia verosímil, otros más claramente inspirados en contenidos fantásticos o mágicos.

En realidad, la Iglesia nunca ha condenado como falsos todos los evangelios apócrifos en bloque, ni ha declarado falaces todos los episodios referidos en ellos que no estén también presentes en los canónicos. Invita a la prudencia el hecho de que numerosas narraciones parecen haberse transmitido oralmente durante mucho tiempo antes de ser fijadas por escrito, pero podrían igualmente remontarse al testimonio apostólico. Desde el punto de vista de la conciencia común generalizada, además, son muchos los elementos inspirados en los relatos apócrifos que, transmitidos por una sólida tradición, han pasado a formar parte de un patrimonio de creencias respaldadas quizá por un extenso y persistente soporte iconográfico; por ejemplo, muchos detalles relacionados con la Natividad y la Epifanía o la Pasión (las comadronas presentes en el nacimiento del Salvador, el número y los nombres de los Magos, su condición de reyes, los retratos de Cristo, etc.). Tanto la tradición icónica cristiana oriental como la occidental (al menos hasta la Contrarreforma en el siglo xvi) siguieron difundiendo aspectos de las escrituras apócrifas en representaciones pinta-

das o esculpidas de los evangelios. Desde entonces, muchos apócrifos se han perdido total o parcialmente: Clemente de Alejandría transmitió pasajes del «Evangelio de los egipcios», mientras que Eusebio nos habla de un «Evangelio de Pedro», y conocemos el título y algunas noticias de evangelios perdidos atribuidos a Matías, Felipe, Andrés y Bernabé.

Pablo de Tarso

Con la entrada de las poblaciones no judías en la fe cristiana, los evangelios apócrifos dejaron de estar escritos en arameo: también los hay en griego, árabe, armenio, amárico, etc. Entre los apócrifos más famosos cabe citar al menos el Protoevangelio de Santiago, o el Libro de la Natividad de María (del siglo II, que ha llegado hasta nosotros en diferentes lenguas y versiones); los llamados Evangelios de los Hebreos, de los Ebionitas o de los Nazarenos; el Evangelio de Tomás (que también ha llegado hasta nosotros en varias lenguas y que no debe confundirse con un texto homónimo de origen claramente gnóstico); el Evangelio de Nicodemo, o Hechos de Pilato; la Historia de José el Carpintero, o el Evangelio árabe de la infancia. Especial importancia debe concederse al Evangelio de Bartolomé, compuesto en un ambiente gnóstico egipcio y que contiene enseñanzas atribuidas a Jesús solo después de la Resurrección.

En 1945, un descubrimiento sensacional revolucionó el mundo de nuestro conocimiento de los evangelios apócrifos al descubrirse en Nag Hammadi, cerca de Kenoboskion, en el Alto Egipto (no lejos de Luxor), cincuenta y dos escritos gnósticos, entre ellos el Evangelio de Tomás en copto, de mediados del siglo II o poco posterior, el Evangelio de la Verdad, el Evangelio de Felipe y el Evangelio de María Magdalena.

Entre ellos, vivió un momento de especial éxito en 2006 —cuando fue publicado en mayo de ese año por la revista *National Geographic*— un texto de origen judío-setiano ya conocido por san Ireneo (ca. 130 - ca. 200), que había hablado de él en su escrito contra las herejías del 180. Se trata de un texto violentamente contrario a la tradición de los apóstoles, y se lo conoce por tanto como el Evangelio de Judas.

En el debate, característico de la Iglesia cristiana primitiva —todavía compuesta en su totalidad por judíos—, entre la *Ecclesia e religione*, que tenía como protagonistas sobre todo a los cristianos de Jerusalén, y la *Ecclesia e gentibus*, propugnada por Pablo y Bernabé, esta última, como sabemos por los Hechos de los Apóstoles, salió victoriosa de la contienda al imponer la entrada en la Iglesia de adeptos procedentes de las diversas formas de paganismo entonces seguidas y la liberación de los seguidores de Jesús de las normas de la antigua Ley. Surgió entonces una creciente hostilidad por parte de los nuevos adeptos, que evidentemente no eran de origen judío, hacia el judaísmo, respecto al cual se sentían por completo ajenos. Con el tiempo, el antijudaísmo de la apologética —del que da testimonio el «género literario» del tratado *Adversus Iudaeos*— se trasladó en gran parte a los propios Padres de la Iglesia. Entretanto, el cristianismo se había implantado sólidamente sobre los dos pilares lingüísticos del griego y el latín, aunque el hebreo nunca se llegara a abandonar (especialmente en el mundo oriental), ni los eruditos cristianos —basta pensar en Jerónimo, que abandonó Roma entre los siglos iv y v para establecerse en Belén y beneficiarse allí del contacto con los sabios judíos que habían permanecido en Palestina a pesar de la diáspora— olvidaran la autoridad y las enseñanzas de los «hermanos mayores».

Por tanto, cabe discutir si el cristianismo se originó realmente en Jerusalén o más bien en Roma. Ciertamente es que, desde

los primerísimos momentos, se estableció —contrariamente a la vieja y perenne leyenda que pretende considerar a los esclavos y a los miserables como sus primerísimos seguidores— entre ciertas élites y como *religio castrensis* extendida entre los militares.

Por otra parte, el propio Pablo —Saulo, culto alumno en Jerusalén de la escuela farisea del sabio Gamaliel el Viejo, antes de romanizar su nombre según una forma inspirada por una irónica modestia— había comprendido muy bien cuál sería el verdadero enemigo a batir, la verdadera fortaleza por conquistar; y justo en el centro del antiguo y venerable contendiente por la palma de la supremacía del saber en todo el mundo romano, es decir, en la Acrópolis de Atenas, había predicado el advenimiento de aquel a quien los atenienses honraban con un monumento *Deo Ignoto*, dedicado a «un dios desconocido», como podemos leer en los Hechos de los Apóstoles (17, 23). Pues bien, Pablo había sostenido que esta deidad ignota y largamente esperada se había revelado ahora con Cristo a los seres humanos. El Edicto de Tesalónica, por el que en el 380 el emperador Teodosio proclamó la doctrina cristiana como la única religión permitida en todo el imperio, según la fórmula acuñada por Atanasio, obispo de Alejandría, fallecido hacía apenas unos años, representaba la victoria de Aquel a quien Pablo había predicado en la Acrópolis.

Se trataba de una revolución extraordinaria. Hasta entonces, el derecho imperial había protegido y garantizado como legítimamente públicos (*religiones licitae*) todos los cultos religiosos que respetasen la ley, admitiendo a sus dioses en el Panteón. En ese momento, el ordenamiento jurídico sufría un vuelco: solo una religión era la legítima, todas las demás pasaban a estar proscritas. Es cierto que tuvieron que transcurrir años antes de que esto ocurriera realmente, pero ya se había abierto la veda.

Con todo, Roma siguió siendo, en dignidad y prestigio, la primera ciudad del imperio, incluso cuando los emperadores la abandonaron por otras capitales y esta —ya durante el siglo iv— empezaba a decaer, cuando sus grandiosos edificios entraron en declive, despojados en parte de sus ricos ornamentos, como los bronce y mármoles, los obeliscos y estatuas que Constantino ya había hecho transportar por mar a su *Nova Roma* en el Bósforo. Quedaban, sin embargo, testigos solemnes: la curia senatorial y el Capitolio; los signos ancestrales de la tradición quiritaria y los restos grandiosos de la época pagana; las tumbas de los primeros apóstoles y de los mártires más prestigiosos. Y a Roma, de diversas maneras, se mantenían ligados los más grandes Padres de la Iglesia de Occidente, aunque sus existencias transcurrieran en gran parte lejos de las orillas del Tíber.

Ambrosio: de Tréveris a Milán

En Milán, que sucedió a Roma como capital de la *pars Occidentis*, encontramos a uno de los pilares, junto con Agustín y Jerónimo, de la tradición romana occidental: Ambrosio.

Nació hacia el 339 en Tréveris, en la Galia Bélgica, donde su padre —miembro de una ilustre familia senatorial, la *gens Aurelia*— ocupaba un importante cargo en la prefectura. En su juventud, siguió el *cursus studiorum* dedicado a los jóvenes que se preparaban para el *cursus honorum*, reservado a los de su alta clase social.

¿Cuáles eran los ámbitos de esta preparación? El diácono Paulino de Milán, biógrafo de Ambrosio y que más tarde entabló relación con Agustín, define como *liberales disciplinae* aquellos estudios de carácter gramatical, estilístico y retórico orientados a lograr el dominio del arte de hablar y escribir

bien, fundamental —según una tradición que se remonta a la enseñanza del griego Isócrates (436-338)— tanto si se deseaba prepararse para la carrera forense como si se quería emprender la administrativa o institucional. Parece que Ambrosio, en Roma, dedicó mucho tiempo a dominar a la perfección el *ars loquendi* para enseñar a los jóvenes. Se sabe menos, y es objeto de investigación y discusión, de la relación que se fue estableciendo —y que él mismo, una vez convertido a la nueva fe, contribuyó a instituir— entre el conocimiento religioso inferido de las Escrituras y la lectura de los textos cristianos en general y el corpus de conocimientos retórico-estilísticos fundados sobre un canon dentro del cual el centro textual eran Virgilio para la poesía, Terencio para el teatro y Salustio y Cicerón para la prosa. Podría afirmarse, por tanto, que, en el plano estilístico, pero en muchos aspectos también moral, el joven Ambrosio se vinculaba directamente al *aurea aetas* de la literatura y la cultura romanas aceptando, absorbiendo y haciendo suya la *Weltanschauung* virgiliana y ciceroniana apreciada por los círculos senatoriales más elitistas y conservadores. Conviene subrayar, por otra parte, que esta mentalidad, este gusto y esta estética tan profundamente «gentiles» ya habían sido perfectamente metabolizados por las élites cristianas del siglo iv y habían llegado a constituir una nueva síntesis que se consideraba totalmente compatible con las enseñanzas evangélicas. La lengua latina, a su vez, era en este sentido el elemento sintetizador por excelencia. Esta cultura era eminentemente, o más bien fundamentalmente, bilingüe, es decir, grecolatina: Virgilio era impensable sin Homero, que desempeñaba un papel propedéutico en relación con él. En esto, los cristianos cultos se encontraban más a gusto en la *pars Occidentis* del imperio —que a finales de siglo se separaría institucionalmente de la *pars Orientis*, en la que la tradición helénica seguiría muy viva— que sus contemporáneos